



Los enigmas del arroyo

• *Visitaba billares con otros vagos, con la única dialéctica conocida y recogida del arroyo: de muchos largos y oscuros callejones.*

Para David “el Tejón” Osorio no había ni siquiera una mínima opción del triunfo o felicidad en su vida, su único camino a la vista y a la mano era sobrevivir en la selva salvaje de la sociedad humana y entrar al juego del destino: las casualidades y circunstancias donde pocas veces se gana.

No hay empates y para personas como él siempre se perdía. El destino, la esperanza y el futuro no tienen palabra ni compromisos con nadie, menos con un niño de la calle, criado entre arroyos y oscuros callejones, que convivía y disputaba un trozo de comida entre basura.

A las cuatro y media de la madrugada despertaba y salía de la alcantarilla donde pasaba la noche cuando no llovía. Estaba listo para conseguir un diablito en el mercado y comenzar a trasladar mercancía. Primero, para pagar los 20 pesos de la renta del diablito y después, para sacar algo para comer. La camiseta, los tenis y la gorra que a diario veía al pasar frente a un aparador de una tienda tenían que esperar.

A sus 16 años no recordaba de dónde venía ni cómo llegó al paraíso perdido que ante él se presentaba: la metrópoli.

Fueron muchas veces las que huyó de los violadores y bandas compuestas por gente de la calle, como él. Visitaba billares con otros vagos, con la única dialéctica conocida y recogida del arroyo: de muchos largos y oscuros callejones.

“El Tejón” Osorio entendió que el hombre le teme a la miseria y también a la muerte; que bajo esas premisas y amenazas, vivían, como él, miles de niños, adolescentes, jóvenes y adultos.

En los diferentes mercados (el de La Merced, el de Sonora, y otros tantos), la red que tejía “el Chato” o el “Norteño”, como se le conocía a Juvencio Porras Alcántara, quien lideraba a todos en esos mercados, incluía la distribución de droga y pago de piso, con la anuencia de diferentes cuerpos policíacos, previo pago semanal, quincenal y regalos a los gallones.

Cinco o más años tardó “el Tejón” Osorio en fraguar su golpe. Hacerse llegar hasta con “el Chato” le dio permiso de formar su escuadrón dentro del mismo panal de avispas y legión de alacranes.

La confianza estaba ganada con el líder, sólo faltaba la oportunidad y ésta llegó al terminar una fiesta con Rafael “el Quinto” Ramirez, líder de los pepenadores de basura en varias delegaciones.

“El Chato” tomó vino y comió carnitas como cosa-co. El sueño y sopor le ganaron. “El Quesos” manejaba, “el Cajón” Ibañez” iba de copiloto y, en el asiento trasero, “El Tejón” Osorio acompañaba al jefe que se encontraba borracho, dormido y emitía ronquidos de cerdo recién alimentado.

“Dale pa’l camino de Xochimilco, pa’ las minas viejas”, fue la orden de Osorio al chófer, quien entre medio escéptico y confuso quiso voltear. “Sin rajaduras cabrones, a este güey ya se lo cargó la chingada”. El lujoso coche salió del asfalto y, entre tumbos y baches de tierra, aparcó en la vera del camino. “El Chato” fue bajado del asiento trasero y con tres puñaladas que David Osorio le propinó, la sangre le brotó a borbollones cual cordero sacrificado. Su cuerpo fue arrojado a los espesos matorrales de esas tierras perdidas y alejadas de la mano de Dios, donde antes, por ordenes del ahora líder asesinado, muchas veces fueron tirados otros cuerpos.

No hubo asamblea para notificarles que el nuevo líder de cargadores, canasteros, diablitos y otros ayudantes era un joven a quien todos conocían como “el Tejón” y su palabra era ley.

El cuerpo semidevorado del antiguo líder fue identificado por una tía. Los investigadores fueron callados con algunos pesos, sin novedad en ese crimen.

Entre los 24 o 26 años de edad (dato calculado porque no tenía acta de nacimiento), “el Tejón” tenía cuatro años en el poder de los mercados más grandes de Ciudad de México.

En noviembre de 2004, al salir de un restaurante, él y dos compañeros fueron asaltados por tres sujetos armados. “El Tejón” forcejeó con uno de ellos y otro ladrón le disparó dos balazos en la espalda. Los frustrados asaltantes huyeron. David Osorio dijo sus últimas palabras: “Siempre fue así... viví en el arroyo y ahora me toca morir en él”.